



A0161

ENTREVISTAS

José María Aznar

ENTREVISTA AL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, POR JUAN MANUEL DE PRADA PARA EL SUPLEMENTO *BLANCO Y NEGRO*, DEL DIARIO *ABC*

02-03-97

JOSE MARIA AZNAR, EL HOMBRE TRANQUILO

El lunes se cumple un año de la victoria electoral de José María Aznar. Con este motivo, dos colaboradores de ByN han tenido el privilegio de compartir durante algunas horas la intimidad del Presidente del Gobierno. David Burnett, por cuya cámara han pasado los hombres de Estado más influyentes del mundo, y ganador en dos ocasiones del World Press Photo, le ha seguido en el discurrir cotidiano del Palacio de la Moncloa, y Juan Manuel de Prada, la revelación más luminosa de nuestra literatura, retrata en una entrevista al hombre que hay detrás del político, más allá del protocolo.

"Las democracias, en líneas generales, no han resuelto el encaje de la revolución tecnológica en los medios de comunicación. La resolución de este problema depende, en buena medida, del nivel de responsabilidad que haya en un país y del nivel de responsabilidad individual que tengan quienes intervienen en este terreno".

"Ya he expresado mi intención de consumir un máximo de dos mandatos, y es algo en lo que no voy a cambiar de opinión. Tengo ideas y proyectos para España, pero no me creo insustituible".

"El problema es que mi vida ha ido siempre demasiado deprisa. A veces, lo que echo en falta es el disfrute del momento: poder saborear el paso de los minutos".

"Me hace partícipe --escribe Juan Manuel de Prada-- de una anécdota sabrosísima protagonizada por Jordi Pujol: conocido el resultado de las pasadas elecciones, cuando ya se intuía que la precaria victoria del Partido Popular iba a exigir negociaciones y alianzas, el Honorable, haciendo alarde de una generosidad malévola, lo obsequió con un ejemplar de "Solo, y dolido", de J.V. Foix".

"A mí, personalmente lo que más me ha afectado fue el asesinato de Gregorio Ordóñez, mucho más, con diferencia, que el atentado fallido que sufrí (...). Me cuesta trabajo hablar de esto, porque cada vez que se produce la muerte de un español se me abre una nueva herida: ahora mismo, estoy atravesando mis momentos más duros como gobernante".

"A veces, uno sólo encuentra silencio a su alrededor, y entonces tiene que saber trascender el ruido y las agitaciones de la vida política, protegerse interiormente y escuchar el sentimiento profundo del pueblo, que no se expresa en un lenguaje ruidoso".

"Ana contribuye a mi estabilidad, comparte mis preocupaciones, me da su respaldo y su consejo. Cuando hablo de consejo no me refiero a intervención en las tareas de Gobierno, ojo, sino a ayuda moral y compenetración".

La primera imagen que asalta al visitante, cuando se interna en La Moncloa, es la del Minotauro, encerrado en los laberintos de su soledad, habitante de una ciudadela donde los días discurren entre burocracias y las noches se alargan inexorablemente, consagradas a la desazón y el insomnio. José María Aznar, inquilino de esta ciudadela desde hace diez meses, me ha citado a las seis de la tarde, una hora que parece invitar a la relajación de los protocolos y la confianza susurrada. Antes de llegar al fondo del laberinto, he atravesado pasillos muy ajetreados de sumilleres y ordenanzas con librea, despachos ceremoniosos donde se le invita a un refresco, recintos acristalados que se franquean con tarjetas electrónicas y, ya por fin, un paseo al aire libre, flanqueado de árboles que proyectan una sombra húmeda sobre mis pisadas.

José María Aznar me recibe en el salón de columnas del Palacio, con una sonrisa que uno no sabe si calificar de medrosa o formularia: luego, la fluidez de la conversación la irá relajando, hasta convertirla en una sonrisa dócil, casi doméstica, que a veces se permite el lujo de la carcajada. Aznar transmite cierta sensación de fragilidad física, que él procura desmentir estrechando con energía la mano que le tiendo. Tiene la mirada muy refugiada en lo hondo, como un síntoma de timidez o desconfianza, y el bigote se le vuelve pensativo cada vez que se lleva a los labios un habano que se obstina en no echar humo; mientras dure esta entrevista, Aznar tendrá que recurrir media docena de veces al mechero, para reavivar la combustión de la nicotina.

J.M. de Prada.- ¿Y no le parece políticamente incorrecto eso de fumar? Un Presidente tendría que dar ejemplo de abstinencia...

Presidente.- (Aznar parpadea, como sorprendido en una travesura venial). Bueno, pero es que yo nunca fumo en mis apariciones públicas. Me gusta disfrutar de un buen puro después de la comida y de la cena, y a veces también a media tarde, pero no soy un fumador compulsivo.

J.M. de Prada.- Y se demora relatando los cuidados que exigen los habanos, las condiciones de humedad y temperatura que aseguran la conservación de su aroma. La voz de Aznar, levemente nasal, reverbera en el techo del salón y se traslada con dificultad al magnetófono. Para evitar problemas de transcripción, me invita a pasar a su despacho, que muestra una decoración muy austera, como diseñada por un hombre que aspira a pasar desapercibido.

Presidente.- Aquí suelo encerrarme por las tardes, cuando me consagro a los asuntos que requieren un poco más de sosiego; pero por las mañanas, que dedico a las cuestiones administrativas, me traslado a un despacho que he acondicionado en el Consejo de Ministros. Me gusta mantener la sensación física de salir a trabajar: ponerme el abrigo, dar un paseo, cambiar de decoración.

COMO EN CASA

J.M. de Prada.- Aznar hace de las rutinas una liturgia modesta e inquebrantable, y reconstruye minuciosamente sus hábitos antiguos, para no sentirse descolocado.

Presidente.- Reconozco que soy un hombre muy hogareño. Cuando supe que tenía que venir a La Moncloa, decidí traerme mi casa aquí, con todo el viejo mobiliario. Quería, ante todo, que mis hijos no se sintiesen extraños, que tuviesen al alcance de la mano sus cosas. Sabía que el cambio les resultaría muy fuerte, y pretendía que se sintieran cómodos, rodeados de sus libros y de los objetos que, hasta entonces, los habían acompañado.

J.M. de Prada.- Se le nota orgulloso de haber sabido preservar, en medio de una existencia nómada, ese ámbito de inalterada familiaridad.

Presidente.- Ahora espero disminuir mi media de traslados durante algún tiempo. He tenido que cambiarme de casa nueve veces en los veinte años que llevo casado... Que ya son años, por cierto.

J.M. de Prada.- Aznar ensaya un gesto falsamente abrumado. Cuando se refiere a Ana Botella, adopta un tono de voz muy reconcentrado, como si se esforzase por evitar el riesgo de la cursilería.

Presidente.- Ana contribuye a mi estabilidad, comparte mis preocupaciones, me da su respaldo y su consejo. Cuando hablo de consejo, no me refiero a intervención en las tareas de gobierno, ojo, sino a ayuda moral y compenetración.

J.M. de Prada.- La conoció en su viaje de fin de carrera, y con presunción algo calvinista, con ese irrevocable entusiasmo que nos acomete de jóvenes, se supo predestinado al matrimonio.

Presidente.- Cuando ví a Ana, me dije: "Ésta es la mía, ¿para qué le voy a dar más vueltas?". Así que decidimos casarnos cuanto antes. Como mi familia no me iba a resolver el problema, nos buscamos la vida. Inicié las oposiciones, que, en mi caso, fueron más que unas oposiciones por vocación unas oposiciones por amor. La vida del opositor es muy desgraciada: hay que superarla cuanto antes, porque además coincide con una época muy puñetera, en la que a uno le apetece cualquier cosa menos encerrarse. Elegí las oposiciones de Inspector Fiscal sin vocación alguna, con la única pretensión de organizar mi vida.

J.M. de la Prada.- Antes, había completado con más desgana que optimismo la carrera de Derecho: como a Indro Montanelli, le gusta afirmar que se licenció injustamente. La desgana, sin embargo, se transformaría en constancia cuando el amor --esa enajenación menos transitoria de lo previsible-- comenzó a dictar su tiranía.

Presidente.- Me propuse aprobar el examen en el plazo de un año, lo cual revela un poco la mentalidad con que me hice opositor: para ello, trabajé un mínimo de ocho o nueve horas diarias, concediéndome una única tarde de descanso a la semana. Me impuse una severa disciplina: madrugaba muchísimo, para repasar los temas que me correspondían; a las ocho y cuarto de la mañana, los daba al preparador; después, me

encerraba otra vez a estudiar; de dos y media a tres menos diez, como un reloj, dormía la "siesta del carnero"; a las tres menos diez comía y a las tres y cuarto ya estaba otra vez estudiando, hasta las ocho y media de la tarde, que iba a buscar a Ana para dar un paseo. A las nueve y media, volvía a casa y me repasaba todo lo que había estudiado durante el día. En eso consistió mi vida durante un año.

J.M. de Prada.- Quizás de su juventud opositora haya heredado Aznar esos achaques de autómatas que le atribuyen sus enemigos; también ese silencioso tesón que coinciden en señalar sus allegados. Yo, que estoy muy corrompido por la literatura y la devoción a las mujeres, me quedo con el Aznar de ocho y media a nueve y media.

PUBLICO Y PRIVADO

J.M. de Prada.- ¿Y cómo surge en usted la vocación política?

Presidente.- Por lo que alcanzo a recordar, en mi casa siempre hubo más actividad pública que privada. No es que yo sintiese en la niñez una atracción especial por la política, pero sí por lo público, aunque al comienzo no estuviera muy bien definida. El trato con mi abuelo me permitió familiarizarme con la visión de las cosas que tenía un periodista y diplomático, actividades ambas que tenían que ver con lo público. Mi padre, periodista y hombre de radio, estaba también consagrado a la comunicación.

Para mí, desde chiquito, era absolutamente normal esperar la llegada de mi padre, que venía con todos los periódicos del día debajo del brazo. Yo leía esos periódicos con verdadera pasión; luego, en el colegio, cuando los comentaba con mis compañeros, me daba cuenta de que ellos nos los leían, y esto me extrañaba muchísimo: lo que para mí era habitual era absolutamente excepcional para ellos. ¡Me daba cuenta, de repente, de que había gente que no compraba periódicos nunca! El interés político siempre centró mi vida, más desde la visión del espectador o del crítico que desde la intervención activa.

J.M. de Prada.- Sus palabras se tiñen de cierta herrumbre, quizá porque sabe que el niño no es el padre del hombre, y tiene la impresión de haber perpetrado un parricidio simbólico.

Presidente.- Mi vocación era el periodismo. Entonces mi abuelo me brindó un consejo muy inteligente: "nunca seas sólo periodista --me dijo--. Sé periodista y algo más". Pero la atracción por el periodismo existió, vaya que si existió, y todavía hoy sigue existiendo. Realmente, nunca me he planteado, a la hora de ordenar mi vida, la posibilidad de desarrollar una actividad privada que no esté vinculada a la Administración o que no tenga una connotación claramente pública. Al final, fui madurando hacia lo que actualmente soy.

REVOLUCION TECNOLOGICA

J.M. de Prada.- Y ahora, desde el otro lado de la trinchera, ¿cómo contempla el trabajo de los periodistas?

Presidente.- Yo creo que el periodismo, no sólo en España, sino en todo el mundo, atraviesa un momento difícil: los procesos de cambio que presenciamos son muy

agudos y se aceleran. La revolución tecnológica y audiovisual dificulta el ejercicio independiente de la profesión dentro de una democracia. ¿Hasta qué punto un periodista está pendiente de la información o al servicio de intereses muy particulares?

J.M. de Prada.- Hace una pausa muy enfática, y comprueba que el fuego del habano se ha vuelto a extinguir, como obedeciendo a órdenes o maleficios de Fidel Castro.

Presidente.- Corren malos tiempos para el periodismo independiente. Y las democracias, en líneas generales, no han resuelto el encaje de la revolución tecnológica en los medios de comunicación. La resolución de este problema depende, en buena medida, del nivel de responsabilidad que haya en un país y del nivel de responsabilidad individual que tengan quienes intervienen en este terreno. Lo que más debe preocuparnos, en mi opinión, es la salvaguarda de la independencia como baluarte de la libertad, y, desde el punto de vista político, el mantenimiento de un equilibrio que la garantice. El poder debe confirmarse como un territorio autónomo que contribuya a crear este equilibrio.

La televisión puede agigantar o disminuir una noticia, como se ha comprobado en acontecimientos recientes. Sobre el conflicto del Zaire, por ejemplo, nos impresionan las imágenes que aparecen por televisión, pero al mismo tiempo parece que ha desaparecido el problema en cuanto las televisiones dejan de ofrecernos imágenes. Esto produce además un vértigo de acontecimientos que hace que la información madure poco. Con esto no quiero decir yo que tenga una visión pesimista de las cosas, en absoluto: la revolución audiovisual será muy ventajosa para todos, pero hace falta buscar ese equilibrio que garantice la existencia de un periodismo independiente.

J.M. de Prada.- El entrevistador se ha propuesto evitar la catequesis gubernamental, pero a poco que se descuida fracasa en su intento. ¿Será que la política devora cualquier vestigio de humanidad?

Presidente.- La política es capaz de arrasar con todo lo que se halla a su alrededor, absolutamente con todo. Sólo una convicción personal muy arraigada te permite mantener preservados ciertos ámbitos de tu vida íntima, frente a las limitaciones vitales que se imponen a un gobernante. Ahora bien, no por eso caigo en el derrotismo. Yo sé muy bien que el desempeño de la política puede dejarme sin intimidad; partiendo de esa firme convicción de la que te hablo, decidí desde el primer momento establecer claras murallas y decir: "Por ahí no paso". Esta línea de conducta me ayuda a mantener ámbitos de libertad individual al margen de la actividad que desarrollo y, además, me ratifica en la creencia de lo efímeras y transitorias que son las cosas.

J.M. de Prada.- Aznar rehuye cualquier actitud quejumbrosa o apiadada de sí mismo, y reviste sus afirmaciones de una contundencia que a veces escalofría.

Presidente.- El problema es que mi vida ha ido siempre demasiado deprisa. A veces, lo que echo en falta es el disfrute del momento: poder saborear el paso de los minutos. Desde un punto de vista familiar, sería absurdo decir que no he tenido que pagar unos costes. Afortunadamente, mis hijos están acostumbrados desde pequeños a la política, la han visto siempre de cerca y comprenden sus servidumbres. No obstante, creo que quien ostenta una responsabilidad política tiene la obligación de no lamentarse, puesto que la desempeña voluntariamente.

J.M. de Prada.- Yo insisto para que infrinja esa obligación: la política le habrá impuesto muchas renunciaciones. ¿Cuál ha sido más costosa?

Presidente.- Sobre todo, la posibilidad de recrearme en las cosas que me puedan gustar. Recuerdo ahora un poema titulado "Libros", de mi amigo Luis Alberto de Cuenca, a quien conozco desde nuestra infancia en el Colegio del Pilar; dice así: "Qué sería de mí sin vosotros,/ tiranos y, a la vez, embajadores/ de la imaginación". Pues bien, ¡cuánto daría yo por dejarme someter por esos tiranos! En esa repisa voy acumulando lecturas que, desgraciadamente, van en aumento.

J.M. de Prada.- Detrás del escritorio, repartidos en estanterías que aún ostentan algunos huecos clamorosos --pero Aznar me asegura que cobija la mayor parte de su biblioteca en las dependencias familiares--, hay un puñado de libros que aguardan el veredicto de la lectura. Un vistazo somero me basta para comprobar que la poesía es un género predilecto, como él mismo se encargó de demostrar cuando se dejó sorprender en el Parlamento con un ejemplar de "Habitaciones separadas", de Luis García Montero, un libro emblemático de cierta poesía escrita en vaqueros.

Presidente.- La verdad es que no tengo unos gustos literarios muy ordenados, pero sí la suficiente curiosidad como para perseverar. Ahora estoy compaginando dos lecturas: "La luz de una candela", el dietario de uno de los mejores escritores que yo haya conocido, y con quien me une una gran amistad, José Jiménez Lozano; y la antología "Treinta años de poesía española", de José Luis García Martín".

CONTROVERSIAS POÉTICAS

J.M. de Prada.- Algunos libros ostentan unas dedicatorias en exceso floridas, lindantes con la adulación o el instinto palaciego. Aznar se confiesa corresponsal asiduo de Pere Gimferrer, con quien sostiene controversias poéticas, y me hace partícipe de una anécdota sabrosísima protagonizada por Jordi Pujol: conocido el resultado de las pasadas elecciones, cuando ya se intuía que la precaria victoria del Partido Popular iba a exigir negociaciones y alianzas, el Honorable, haciendo alarde de una generosidad malévol, lo obsequió con un ejemplar de "Solo, y dolido", de J.V. Foix; un asesor con reflejos y socarronería le habría recomendado a Aznar que respondiese al regalo envenenado de Pujol con otro poemario de título también ambivalente: se me ocurre, por ejemplo, "La mala compañía", de Felipe Benítez Reyes.

En una estantería descansa la edición infamante que Joaquín Arrarás perpetró a costa de las memorias de Manuel Azaña, recientemente restituidas al Estado español.

Se le ha acusado de querer apropiarse de Azaña desde posturas ideológicas distintas a las que sostuvo el líder republicano.

Presidente.- Los españoles hemos tenido durante muchísimo tiempo la manía de apropiarnos la historia y tirárnosla a la cabeza, pero mi actitud intelectual es exactamente la contraria: no creo que nadie deba apropiarse de nada. Lo que a mí me atrajo de Azaña, más que sus logros o sus fracasos políticos, fue su idea de España, una idea que prevaleció siempre, incluso en los momentos más tensos de su mandato, y que no pudo ver realizada, quizá por incapacidad propia, quizá porque las circunstancias se

lo impidieron. Intelectualmente era una personalidad irrepetible. También me interesa, por supuesto, el Azaña vitalmente más endeble, el Azaña que nos cuenta cuál ha sido su experiencia, el hombre que sabe que ha fracasado y que expone con crudeza su fracaso. He leído hace poco un excelente artículo de Andrés Trapiello, en el que manifestaba que una de las características más marcadas de Azaña, que es la que le lleva a escribir diarios, era la debilidad, una profunda debilidad interna. Trapiello mantiene la tesis de que sólo un gobernante débil puede dedicar una parte importante de su tiempo al refugio del diario. Probablemente, fuese esta debilidad la que le llevó a cometer ciertos excesos en su tarea de Gobierno.

EN REPOSO

J.M de Prada.- Alude usted a las debilidades de Azaña. ¿Cuáles son las suyas? ¿Cuándo ha sentido más próximo el aliento del fracaso, la tentación del abandono?

Presidente.- Ha habido momentos muy duros, pero no he llegado a experimentar esa necesidad del abandono. Yo la verdad es que tengo muy pocas oscilaciones de carácter: es muy raro que un acontecimiento me deprima, o que, por el contrario, me vuelva eufórico. Tener un carácter tranquilo y reposado da cierta tranquilidad, a uno mismo y a quienes le rodean. A mí, personalmente, lo que más me ha afectado fue el asesinato de Gregorio Ordóñez, mucho más, con diferencia, que el atentado que sufrí; en ese momento, se conmovió mi fortaleza, me vinieron encima muchas circunstancias de carácter personal, muchos recuerdos compartidos, y pensé en todas las personas que, como Gregorio, arriesgaban su vida por un proyecto que compartían conmigo, un proyecto en el que yo les había embarcado.

Me cuesta trabajo hablar de esto, porque cada vez que se produce la muerte de un español, se me abre una nueva herida: ahora mismo, estoy atravesando mis momentos más duros como gobernante.

J.M. de Prada.- Se abre un silencio gélido, como si una detonación hubiese sacudido el palacio, como si las paredes, impotentes para contener el acoso de la pólvora y de la sangre, se hubiesen resquebrajado. Casi intuitivamente, comprendo que los gobernantes padecen de soledad, esa dolencia que también afligía al Minotauro.

Presidente.- Pero es que el gobernante que no entienda que la soledad es su compañera no va a ninguna parte. El aprendizaje de la soledad es angustioso, pero inaplazable. A veces uno sólo encuentra silencio a su alrededor, y entonces tiene que saber trascender el ruido y las agitaciones de la vida política, protegerse interiormente y escuchar el sentimiento profundo del pueblo, que no se expresa en un lenguaje ruidoso. Y eso depende, en gran medida, del olfato y del talento del gobernante, pero también de saberse rodear de las personas adecuadas. La primera vez que fui a comer con mis amigos los monjes de Silos recuerdo que me advirtieron que no se podía hablar en el refectorio: "no sabéis lo poco que me preocupa tener que guardar silencio", les dije.

J.M de Prada.- Y, junto al silencio, el clamor de las multitudes, esa manifestación calenturienta del sentir popular. Un clamor que, con frecuencia, aturde o ensordece al político, pero con el que es necesario aprender a convivir, sobre todo en vísperas de elecciones.

Presidente.- Conozco a un importante dirigente que dijo: "Lo mejor de las campañas es que se acaban". Tampoco diría yo eso. El político que afirme que no le gusta el contacto con la gente miente. Existe la tentación de la demagogia, por supuesto; lo que pasa es que llega un momento, o al menos a mí me ha llegado ese momento, en que ya no se utilizan esos actos políticos para agradar, sino para sembrar y trasladar unas ideas en las que crees, o para establecer una comunicación y una complicidad con la gente.

Me gusta mirar a la gente, me gusta hablar con la gente, me gusta escuchar lo que me dicen, y a lo mejor interrumpo el discurso, y contesto, y lo reanudo, y vuelvo a contestar. Cuando ya has toreado en ciertas plazas, la faena se desempeña con una cierta naturalidad, aunque a veces la comunicación resulte imposible, por culpa del estruendo. Eso fue lo que me ocurrió en el estadio de Mestalla, donde celebré el mayor acto electoral que se ha hecho en la historia de la democracia en España, y donde, sin embargo, no logré dialogar con los asistentes.

J.M. de Prada.- A continuación, rememora sus hazañas oratorias o deportivas --porque los itinerarios electorales no excluyen la extenuación del deporte-- y repasa una campaña que se remataría con el triunfo en las urnas.

Presidente.- Todas las noches volvía a dormir a casa, aunque estuviese en el lugar más apartado del mundo. Ya le dije antes que soy muy hogareño y respetuoso de los hábitos

J.M. de Prada.- El mismo día de las elecciones, "Gufa", una perra "cocker" a la que Aznar profesa una lealtad inamovible, rompió aguas, accidente que relegó el resultado de los sondeos a un segundo plano.

Presidente.- Hasta las ocho de la tarde, estuvimos más pendientes de lo que paría la perra que de lo que parían las urnas.

EL DESEO DEL ACIERTO

Presidente.- Un año después de aquellas elecciones, compruebo con satisfacción que el país ha aceptado con naturalidad las reglas de la alternativa política, sin la cual la normalización democrática no es posible. ¿Qué puedo prometer a partir de ahora? Pasión por la libertad, y también esfuerzo y seriedad, frente al oportunismo que con frecuencia rige la actividad política. El gobernante se mueve entre el riesgo de la equivocación y el deseo natural del acierto.

J.M. de Prada.- La noche se agolpa en las ventanas, como un ladrón furtivo que hubiese venido a saquear una remesa de secretos oficiales. Aznar rechaza la posibilidad del retiro.

Presidente.- Ni siquiera me lo planteo, lo cual no quiere decir que aspire a desempeñar siempre una actividad de primera línea. Ya he expresado mi intención de consumir un máximo de dos mandatos, y es algo en lo que no voy a cambiar de opinión. Tengo ideas y proyectos para España, pero no me creo insustituible. Aquí había que mencionar el ejemplo de Churchill, que supo mantener alta la moral de un pueblo en un momento especialmente complicado, y a quien el pueblo, una vez pasada esa coyuntura, le dijo, probablemente con cierta crueldad: "Ahora vete, queremos otro".

J.M. de Prada.- Esta última reflexión le ha contagiado una tristeza indescifrable, esa melancolía anticipada que el poder deposita sobre quienes lo administran. Quizá el poder no sea otra cosa que un sucedáneo de la vida, una suma de pasiones y renuncias y afanes y sacrificios que nos exprime y deja exhaustos, cuando caducan los mandatos.

Antes de abandonar el recinto de La Moncloa, me demoro en el llamado "paseo de los bonsais", donde Felipe González se entretenía con esas miniaturas de árbol, como si quisiera jibarizar la vida. También Aznar cultiva el arte de la miniatura: ha acondicionado una pista de tenis, para adecuarla a las dimensiones más modestas del "paddle", su deporte predilecto. Vuelvo la cabeza atrás, y aún acierto a distinguir, bajo la luz del porche, la silueta frugal de Aznar, como la de un Minotauro empequeñecido en mitad de su laberinto.